

NOTA PRELIMINAR

Desde la primera vez, con diecisiete años y una mochila cargada de latas de atún, no he dejado nunca de visitar Venecia a la menor ocasión. Me faltaba, sin embargo, una estancia un poco más larga para terminar de hacerme con la ciudad. En mayo de 2021, después de un recrudecimiento invernal de la pandemia de COVID-19 que había cerrado monumentos y negocios, se me presentó una ventana de oportunidad tal vez irrepitable: el gobierno levantaba el pistón de las restricciones, el turismo masivo no había vuelto aún a arrancar, los precios de alojamiento estaban bajos y yo disponía de un tiempo extra de vacaciones. Siempre había querido pasar en la ciudad un curso, o un trimestre al menos, haciendo algún tipo de trabajo que diera estructura a la jornada, pero la vida no me trajo nunca la ocasión: con esto habría de valer.

Fueron veinticuatro días en una ciudad no vacía pero sí muy despejada, sin más obligaciones que las autoimpuestas. El toque de queda era a las diez (pasaría a las once durante mi estancia) y a los restaurantes sólo se les permitía servir en el exterior. La mascarilla era obligatoria pero se llevaba con lasitud italiana; no había ya miedo, sí un poco de hastío, y muchas ganas de reiniciar la normalidad. La ansiedad por la situación económica se presentaba matizada, al menos cara al público, por el aire general de resignación escéptica que los italianos oponen desde hace siglos a lo que sea que se les venga encima. Los colegios estaban abiertos y los universitarios habían vuelto a clase. Con los visitantes reducidos a unos cientos, la vida corriente de los venecianos era visible como nunca por toda la ciudad, aunque todo transcurría a medio gas.

Veinticuatro días no te van a convertir en residente, pero bastan para entrar en los ritmos cotidianos: hago la compra, cocino en casa, pongo una lavadora y tiendo la ropa en el cordel de la

ventana (yo que tantos cordeles de ropa he fotografiado). Aprendo, para incumplirlas, las complejísimas reglas de la recogida de basura, que no renuncia a la disciplina europea del reciclaje. Me corto el pelo, voy al cine, trabo cien pequeñas conversaciones inanes, material de acarreo que, de alguna manera, espero, se filtre en la escritura. Paseo mucho, con objetivos que cumplir pero sin un plan diario, por una espiral que sigue abriendo una nueva vuelta cada vez que creo haberle encontrado el centro. Acabo volviendo a entrar en todos los lugares conocidos, porque no hay colas ni apreturas y porque nunca los puedes dar por amortizados; leo y releo sobre la ciudad, siempre a mis mismos autores. Paso los días entre una vaga ansiedad genérica por aprovechar bien la ocasión y una bendita relajación, presente y concreta, que no me abandona en ningún momento.

Con esos materiales se construye el tronco de este libro, en capítulos numerados que recogen los paseos por ciudad y laguna en un orden aproximadamente cronológico, con saltos al pasado más o menos remoto de mis viejos cuadernos o al futuro inmediato de los viajes posteriores. Alternando con ellos se desarrollan varias series complementarias. En *Límites* doy cuenta de una exploración detallada del perímetro de la ciudad, en busca de los lugares donde Venecia deja (o no) de ser Venecia. En *Inventarios*, bajo la nada oculta influencia de Predrag Matvejević y su poética minuciosa, colecciono elementos, lugares, objetos en enumeraciones abiertas que podría continuar ampliando toda una vida. *Arqueología personal* repasa mis intentos fallidos de escribir sobre Venecia. *Las Instrucciones* no son muy concretas ni prácticas, más bien consejos bienintencionados sobre cómo enfrentarse a una ciudad que puede ser abrumadora. Bajo el epígrafe *Contra Venecia*, finalmente, he reunido (y peleado con) las distintas posturas intelectuales antivenecianas.

Soy consciente de que otro libro sobre Venecia es lo último que el mundo necesita, pero uno no escribe por demanda sino por necesidad. Después de una vida trabajando y escribiendo sobre ciudades, en algún momento tenía que medirme a la más

hermosa y complicada, a la más inverosímil de todas, a la más sobrecargada de literatura. Podría alegar en mi descargo, sin faltar a la verdad, que hay Venecias infinitas y esta es simplemente la mía. No es menos cierto, sin embargo, que desentrañar la ciudad es una tarea acumulativa y que uno continúa donde lo dejaron gigantes como James, Brodsky o nuestro Josep Pla. Me siento cómodo aupado a sus hombros, consciente de mis deudas. Si he conseguido arrojar luz sobre algún rinconcito que ellos descuidaron, o descubrirle a algún lector un aspecto en que no había reparado, me doy por más que satisfecho.



El último tramo, por el pedúnculo ferroviario que corta en línea recta la laguna, lo has pasado con la frente pegada al cristal, absorbiendo el perfil recortado a contraluz de cúpulas y campanarios que parecían al alcance de la mano un momento antes de que el tren entrase en la marquesina, pero que ahora, mientras avanzas por el andén oscuro y abarrotado de semejantes, han retrocedido a su dimensión onírica ante la realidad pedestre de una estación intercambiable con cualquier otra. La inercia ya establecida en etapas anteriores de este viaje en tren por toda Europa prescribe, a la salida, ocuparse de la intendencia: coger las mochilas, reagruparse, situarse en el plano, buscar transporte al centro de la ciudad. Nadie te había advertido del latigazo que te esperaba nada más traspasar la puerta. De repente está todo ahí, restallante de luz, nítido y saturado de color, con una evidencia de diorama: el puente de piedra blanca, las cúpulas de bronce recortadas contra el azul, la curva dulcísima del Canal Grande cerrándose hacia una gradación de fachadas como acantilados de encaje.

Después de muchas idas y venidas por la explanada (todo, empiezas a descubrir, es un engorro en esta ciudad, nada te viene dado) te encuentras subido al vaporetto, embutido en una masa compacta, con el cuello estirado para escudriñar entre las cabezas el panorama tanto tiempo deseado. Esto no tenía que ser así; la certeza de que habrá otras oportunidades no alcanza a frenar la desazón creciente del momento malogrado, pero basta que el trasiego de las paradas te recoloque en la barandilla para que se borren de golpe las apreturas, la confusión de lenguas, las tensiones incipientes de un viaje que acabará mal. Por un momento

estás tú solo frente al prodigio que se despliega a cámara lenta, y no necesitas más para quedarte enganchado sin remedio.

Bajas en San Marco entre empujones y caminas los metros que quedan hasta la Piazzetta, con aire ya definitivamente sonámbulo y una superposición de reconocimiento y maravilla que va a ser, aunque no lo sepas aún, tu estado de ánimo por defecto cada vez que llegues a la ciudad. La sobrecarga de estímulos, indudable, no impide sin embargo un disfrute extrañamente sosegado para el fervor adolescente que te enciende la mirada. Tardas en situar los elementos, no es lo mismo estudiarlo que estar ahí en medio. Te enredas con los compañeros en distinguir del resto las arcadas de Sansovino, pero la atención se te va, arrebatada, al paredón rosado y macizo del Palacio Ducal con su estampado textil. En alguna parte de la plaza suena, incongruente, una canción vagamente conocida (*let me take you by the hand and walk into the streets of London*) que se va a soldar ya de manera irremediable al recuerdo. Antes de entrar en la plaza te giras un momento hacia la laguna que se abre enmarcada entre los dos pedestales elevados, el león mirando a San Giorgio y el santo a la Dogana. Entre la multitud ajetreada de turistas un señor con chaqueta azul claro, sombrero panamá y una barba entrecana de brillos rojizos cruza indolente en diagonal desde la Riva degli Schiavoni. A pocos pasos, sin dar tregua, la basílica está tirando de ti y no vas a tardar en dejarte ir, con la voracidad de la primera vez, hacia la plaza primero y ya, sin detenerte, por el remolino de una trama que vuelve sobre sí misma en una espiral inacabable, pero todavía se dilata un poco ese primer instante de estupor bovino. Esa noche escribirás las primeras notas (torpes, esforzadas, irredimiblemente sentimentales) de un libro que te va a llevar toda la vida terminar.

* * *

Más de treinta años después vuelves a encontrarte delante de la estación buscando el embarcadero correcto. No has conseguido vivir un tiempo largo en la ciudad, como siempre quisiste ha-

cer, pero tampoco has dejado, en ninguna etapa de tu vida, que pasaran dos años sin venir. El vaporetto va hoy medio vacío, los pasajeros llevan mascarilla y un cielo de nubes bajas, inesperado en mayo, tiende de lado a lado un toldo gris plomo que mata vibraciones y reflejos. En lugar de la línea que recorre el Canal Grande (Ca' Rezzonico, Giglio, Accademia, Salute, la letanía no ha dejado nunca de vibrar en tu memoria) has cogido una que te lleva directamente por la parte de atrás, y vas pensando si te vale la pena parar a hacer una compra básica de camino al apartamento, pero, habiendo asientos libres, te has quedado de pie a ver desfilar las fachadas con la misma sonrisa idiota de la primera vez. Justo antes de pasar bajo el puente delle Guglie se abre una grieta en el nublado y, sin transición, la ciudad se vuelve a ofrecer rutilante, recién maquillada, lista para salir a escena. Aunque te habías propuesto en este viaje no hacer muchas fotos, la mano se va instintivamente a la cámara. Definitivamente hay un fulgor que permanece: es hora de ponerse a escribir todo esto.



Para la canícula existe otro café, en la plaza San Zanipolo, donde se puede dormir la siesta detrás del Gazzettino sin ser interrumpido*.

PAUL MORAND, *Venecias*

1

Hay tres terrazas para desayunar en el campo San Zanipolo: los primeros días elegiré la que se coloca a la sombra del condotiero y permite mirar con tranquilidad la fachada prodigiosa de la Scuola Grande de San Marco, pero, con el paso de los días, voy a gravitar hacia la pastelería Rosa Salva: aunque no ofrece una vista directa, es donde van las señoras del barrio a llevarse unos *bignè alla crema* que las dependientas con cofia envuelven primorosamente, tomándose todo el tiempo del mundo. La fachada, con todo, no dejaré de pararme a mirarla cada vez que pase por delante con una voracidad puramente física, alternando el foco entre el conjunto y los detalles como se pasea un catador el sorbo de vino por la boca. El ojo se detiene primero en los episodios: un medallón de pórfido constelado de discos policromos, los leones indolentes enmarcados en falsa perspectiva, un santo impertérrito sobre la cabeza de un dragón marino, la floración delicadísima que cubre cada moldura. Al abrir el campo todo esto se difumina y queda la impresión de un orden soberano que puede prescindir de la mera simetría porque se funda en leyes más complejas: se adivina, por debajo, un frenesí de tangentes, diagonales y rectángulos áureos agazapados con la única misión de que tu ojo experimente la belleza.

* Paul Morand, *Venecias*. Península, Barcelona, 1998. Traducción de Monique Planes.

El centro de gravedad se desplaza hacia la esquina, con la coronación recortada en alto sobre el cielo abierto, mientras que, al aproximarse a la gigantesca basílica, el edificio se agacha en una sucesión de arcos menores; el encuentro con el fachadón vecino es abrupto, soberbio e imposible: un San Juan Bautista* que, subido en su pedestal, clava plácidamente el hombro contra el empuje perpendicular de la mole de ladrillo. Bajo la piel tallada de arriba abajo se abren dos zonas centrales forradas de un precioso mármol vainilla que, desnudas de ornamento, son el lujo definitivo. Deslumbra, por más que volvamos a ella, la libertad absoluta, el capricho feliz con que se intercalan motivos clásicos, orientales o de invención propia. Cubierta de una figuración minuciosa, la fachada se perdería en el *horror vacui* de los *tepuram* hindúes o las estalactitas andaluzas si no la sostuviera la jerarquía de un propósito unitario.

Apoyada en el quicio de la puerta esculpida, mirando el móvil, una embarazada parece esperar la hora para su revisión. La Scuola de San Marco se fundó en 1260 como hospicio para los menesterosos y sigue siendo, casi ocho siglos después, el hospital de la ciudad. Apenas traspasado el arco monumental de entrada un letrero desvía a los turistas a la planta de arriba y encamina a los pacientes a través del atrio monumental que fue *salone terreno* de la antigua confraternidad. Hace treinta y tantos años, no estaba todo tan organizado y pudimos colarnos hasta el fondo: tengo un recuerdo vago de cruzarme enfermeros empujando camillas entre escaleras nobles y patios con arcos. Cuando suba esta vez podré examinar en las vitrinas, bajo un abrumador techo dorado, textos antiguos de medicina con ilustraciones desplegadas (los *Secreti de la Signora Isabella Cortese*, una *Anatomía* de Juan Valverde de Hamusco o un *Trattato di Mal*

* En realidad la atribución iconográfica es dudosa. El Dott. Mario Pò, director de la Scuola en el Polo Museale, me sugiere que podría tratarse de «la figura de puente entre el plano doctrinal-teológico realizado sobre la fachada y la advocación de la Basílica, de cuyo convento ha llegado, con casi certeza, la proyectualidad iconográfica de la fachada».

Francese por el doctor Pietro Rostinio). No se me ocurre nada que explique Venecia mejor que esta continuidad natural, esta convivencia sin aspavientos.

Una de las primeras tardes me encuentro la plaza invadida de niños jugando al fútbol. Los balonazos pegan una y otra vez en los relieves ante la completa indiferencia de las madres, que vigilan distraídas a los pies del fiero Colleoni mientras las niñas pintan en el suelo diagramas con tizas de colores. La escena remite, más que al momento excepcional sin apenas turistas, a la vieja naturalidad de los italianos con el patrimonio: podría ocurrir en Siena o en Verona, pero aquí adquiere un relieve emocional diferente. Hemos asumido tan dócilmente la idea de una Venecia muerta en pie, despoblada, con sus escasos habitantes condenados a esconderse para no estorbar al turismo, que cualquier vislumbre de vida cotidiana tiende uno a verlo como un rasgo de épica resistente. La madre que, sentada en las barreras que protegen la fachada de la Scuola, pela un plátano para cuando el niño se canse de jugar no está, desde luego, afirmando ni reivindicando nada: estas familias ocupan la plaza con la confianza de quien lo ha hecho toda la vida; lo único que cambia es que, por primera vez en muchos años, la tienen sólo para ellos. Unas niñas trepan a un pilar cuadrado de piedra, otras se ponen en fila para un juego de saltar sobre líneas de tiza; los futbolistas corren apelotonados tras el balón, con el portero gritando instrucciones inútiles. Los nichos que generan los sepulcros volados tienen, la verdad sea dicha, las dimensiones perfectas de una portería infantil; más tarde leeré en mi Lorenzetti que se trata de, a la derecha, «*urne gotiche di Marco Michiel e di Daniele Marco Bon (1475)*» y, a la izquierda, «*urna di tipo paleocristiano, con rozzi rilievi duecenteschi, del doge Jacopo Tiepolo (†1249) e del figlio, il doge Lorenzo Tiepolo (†1275)*». Si han aguantado hasta hoy, no creo que unos cuantos pelotazos vayan a hacerles mucha mella; la normalidad ciudadana que evoca la imagen tampoco parece tan frágil como nos vienen contando, pero yo no puedo evitar verla como un regalo, un pequeño milagro que me ha sido dado

presenciar. Será interesante, cuando vuelvan los turistas, ver cómo se las arreglan unos y otros para compartir el territorio de la plaza.

En el lado menos monumental se alinean, como en las fábulas, tres puertas de escape. La primera, en el centro, es falsa: un atractivo sottoportego que lleva a una estructura gótica de patio y escalera, sin salida. La segunda, un callejón estrechísimo, conduce directamente al pasado: es un mínimo asomadero al canal de atrás que descubrimos hace más de treinta años y donde, sentados con los pies colgando, devoramos unas sardinas en lata y fuimos felices sin saberlo. En todos estos años habré pasado unas cuantas veces por aquí y me habré seguramente acordado sin darle mucha importancia, pero en este viaje de recopilación y acarreo estoy más atento a las señales de la memoria, así que una tarde enfilaré el callejón como quien entra en una cápsula de tiempo. Todo está ahí, intacto, tras el umbral inmaterial que marca a media calle un pasadizo que salta de pared a pared: el chapoteo sordo del agua que lame los escalones de piedra, el cruce de canales con sus tráficos de salida, los altos palacios que en la penumbra parecen juntar las cabezas, el caño de brisa fresca y salobre. Sentado en la exigua plataforma les envió una foto a M. y a P. (del resto de aquel grupo uno vive en América, con otro me enfadé, otro está muerto) y nos dejamos ir un rato por la pendiente llorosa y placentera de la nostalgia. La tercera salida, junto a la pastelería, es la que voy a frecuentar más en este presente de toque de queda y mascarillas que, si el libro sobrevive unos años, habrá que explicar en notas a pie de página. Por ella se inicia un atajo quebrado y contraintuitivo hacia Santa Maria Formosa que tomaré a menudo, sobre todo de vuelta. Sentado, una de estas veces, en la terracita al pie del puente Minich donde el aperitivo se me va haciendo una costumbre, entenderé a medida que tomo notas que esta ciudad no tolera el presente, que lo va convirtiendo en memoria sin darle tiempo a suceder y que, al final, en Venecia sólo hay dos clases de puertas, las que no llevan a ninguna parte y las que se abren al pasado.

Se ha hecho de noche cuando atravieso el callejón de vuelta a casa. La plaza, completamente desierta, tiene una resonancia atenuada, de estancia interior. Por el suelo quedan, medio borrados, los diagramas en tiza rosa amarilla celeste sobre los que saltaban las niñas hace un rato. Una empleada sale por la puerta del hospital y apresura el paso: el toque de queda es a las diez y tal vez viva lejos. Cruzo la plaza en diagonal, evitando pisar los dibujos que, de todas formas, borrará la lluvia o un manguerazo por la mañana para que los vuelvan a hacer las niñas por la tarde. Por el borde del canal hay un bamboleo pesado de barcas en reposo y una brisa lenta, cargada de humedad. No se ven más de cuatro ventanas encendidas en los edificios de enfrente. Todo está bien, todo está en su sitio.